

La Novela Americana Cinematográfica



N.º 40
30 cts.

Manathan Cocktail

por
Nancy Carroll

LA NOVELA AMERICANA
CINEMATOGRÁFICA

Publicación semanal

Francisco - Mario Bistagne

Director

AÑO II

NÚM. 40

MANHATTAN COCKTAIL, 1928
Manhattan Cocktail

Interesante asunto, interpretado
por Nancy Carroll, Richard
Arlen, Paul Lukas, Lilyan
Tashman y Danny O'Shea

Es un film Paramount

Distribuido por

PARAMOUNT FILMS, S. A.

Paseo de Gracia, 91 - Barcelona

Postal-regalo: **ESTHER RALSTON**

Ediciones **BISTAGNE**

Paseo de la Paz, 10 bis. - Barcelona

Manhattan Cocktail

Argumento de la película

La Grecia de la mitología nos habla de que en el laberinto de Creta, el Minotauro monstruoso, con cabeza de toro y cuerpo de hombre, sacrificaba todos los años a la juventud, para darse muerte en sus oscuros subterráneos.

Ariadna, la hermosa hija de Minos y de Pasífae, se enamoró cierta vez de uno de los sacrificados... Antes de ser éste conducido al suplicio, le advirtió amorosa, dándole una madeja de hilo:

—Con la ayuda de este hilo saldrás del laberinto y podrás volver a mí después de matar al Minotauro.

El joven que amaba también a la dulce Ariad-

na fué desenredando a su paso el ovillo hasta llegar a la misma cueva del monstruo donde tras una corta lucha aniquiló al fabuloso ser.

Después volvió al lado de la amada ideal, y los dos jóvenes embarcaron en una galera hacia Oriente...

—No te aflijas por tu partida de Creta—le dijo Ariadna—. Hay en el mundo otras playas en donde hallaremos la felicidad.

Y el barco les condujo fuera de todo peligro, hacia tierras remotas donde se respirara libertad.

Han pasado desde entonces siglos, muchos siglos... Estamos en la moderna América del Norte, en la isla de Manhattan (Nueva York) con su laberinto de acero y piedra, donde también se esconde el monstruoso Minotauro.

En una Universidad, no lejos de Nueva York, muchos jóvenes de ambos sexos se preparaban para la conquista del yellocino de la fama.

Entre los que habían obtenido el título de bachiller figuraban Babs, una hermosa rubia, candorosa y alegre, y dos muchachos, Fred y Bob a quienes la vida saludaba con la mejor de las sonrisas.

Una noche, después del baile de fin de curso, Babs hablaba con su amigo Fred en el jardín de la Universidad.

A los dos jóvenes les unía una simpatía extraordinaria que se confundía con el amor.

—He decidido quedarme en la Universidad, Babs—dijo él—. Enseñaré griego con un sueldo de mil dólares al año y entrenaré al equipo de

basketball por mil al mes. Sabes que domino ambas materias.

—Me alegro que te ganes bien la vida, Fred.

—Ahorraré para poder casarme pronto...

Sonrió mirando tiernamente a Babs con un deseo de decirle que, si ella se quedaba, la dicha de Fred sería completa.

Pero tuvo que interrumpir sus anhelos ante la llegada del camarada Bob, siempre alegre y optimista.

—Pon el despertador temprano, Babs—dijo el recién venido—. Tomaremos el primer tren de la mañana.

—¡Ah! ¿Te vas?—exclamó Fred con una sonrisa pálida, mirando a la amada.

—Sí, Fred. Bob y yo hace meses que practicamos lecciones de baile para dedicarnos a la comedia musical.

—En las comedias que representamos en la Universidad no lo hacías del todo mal, pero el teatro es una cosa muy distinta—exclamó el enamorado.

—Nueva York es el único lugar donde una muchacha con vocación para el teatro puede prosperar—dijo la joven.

—Nueva York no es el lugar indicado para una muchacha como tú—respondió Fred.

—Tú qué sabes...

—Por lo que he oído decir de Nueva York me parece que no es siempre la gloria y la fortuna lo que allá se encuentra.

—En Nueva York hay seis millones de perso-

nas... y todas viven—dijo ella—. Si voy a la ciudad es porque quiero que estés orgulloso de mí, Fred.

Y sin querer atender sus consejos de hombre prudente, a la mañana siguiente Babs y su amigo Bob partían hacia la gran ciudad en busca de la gloria.

Nadie pudo oponerse a su temeridad... Pero a los dos no les unía más que una afectuosa amistad, sin que para nada el amor hubiese sellado sus corazones.

Babs amaba a Fred... y quería triunfar, para que el amado “se sintiera orgulloso de ella”...

* * *

Los primeros días fueron de calvario. Iban de una agencia a otra, sin que les atendiesen en ninguna parte. Completamente desconocidos en la vida teatral, nadie les contrataba.

Cierto día, Bob se dirigió a un hotel donde se solicitaban unos bailarines. Cuando llegó, encontró ya la plaza ocupada.

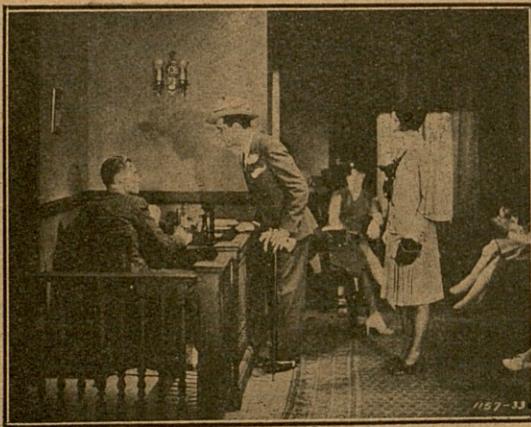
Iba ya a marcharse cuando oyó en una cercana habitación, el griterío propio de una animada velada.

Dispuesto a todo para ser conocido, aprovechó la oportunidad de que un criado había abierto la puerta, para adentrarse tranquilamente en el salón reservado.

Había hasta una docena de caballeros y señoritas en la más alegre de las francachelas... Ellos

abrazaban y besaban a las mujeres interrum-
piendo sus caricias para beber buenas copas de
champaña.

Todos le miraron extrañados, pero Bob, sin
inmutarse exclamó:



Iban de una agencia a otra...

—¿Permiten ustedes que me quede para ha-
cerles pasar unas horas agradables?

—¿Quién es usted?—dijo una rubia que fu-
maba un elegante cigarrillo emboquillado.

—Bob, un bailarín todavía inédito.

—¿Qué sabe usted hacer para divertirnos?

—Vean ustedes...

Y comenzó a bailar de modo grotesco, unas
danzas aprendidas en la Universidad.

La rubia le miraba sonriente, con los ojos en-
tornados, como si realmente le interesara la ac-
tuación del desconocido.

Pero los demás no fueron de la misma opi-
nión y obligaron a Bob a retirarse.

Este marchó, entristecido, pero pleno aún de
confianza de que no le faltarían nuevas ocasio-
nes para demostrar su valía.

Al día siguiente, acompañado de su amiga
Babs, se dirigió al despacho del señor Renov,
uno de los más famosos empresarios de la ciu-
dad, dedicado al frívolo género de las revistas.

Tuvieron que esperar largo rato, hasta que un
joven, el señor Reynolds, secretario de Renov, les
indicó que no había ninguna vacante, y que po-
dían salir todos.

Iban ya a marchar con el desconsuelo de
aquella derrota cuando apareció en el antedes-
pacho la misma preciosa rubia que Bob había
visto el día antes en la habitación del hotel,
asistiendo a la alegre bacanal.

Se trataba de la esposa del famoso empre-
sario Renov, una mujer que no guardaba dema-
siada fidelidad a su marido y que amaba una
vida desenvolta de aventuras, bien es verdad
que el empresario la correspondía con la misma
moneda.

—¿Está aquí mi marido, señor Reynolds?—
preguntó al secretario.

—Sí, señora.

Bob, ordenando a su amiga esperarse unos ins-
tantes, se acercó a la señora Renov.

—¿Se acuerda usted del cuarto 125?—le dijo en voz baja.

—Joven, yo...

Sintió un amago de emoción. Recordó en el muchacho al bailarín de la noche última... No quería que Renov se enterase de los excesos a que se había llegado en la juerguecita.

—No tema—continuó diciendo Bob dándose cuenta de su turbación—. Soy hermético para los secretos... Un verdadero sepulcro para las confidencias.

—Bueno, ¿y qué desea usted?

—Soy artista... y quiero trabajar en el teatro de su marido.

—Es cierto que baila usted muy bien... Le protegeré... Mi especialidad es proteger a los jóvenes... Venga conmigo.

Y entraron en el contiguo despacho del empresario mientras la pobre Babs sentada en un rincón esperaba pacientemente el resultado de la entrevista.

La señora Renov besó fríamente a su marido que estaba trabajando ante su mesa escritorio y le presentó a su nuevo "protegido".

—Su nombre es... Marky... creo que Marky... Es un buen amigo.

—¿Y qué desea?—respondió el empresario.

—Como que me dijiste que querías rostros nuevos para tu revista y este joven tiene talento...

—Este es el sexto joven de talento que me

recomiendas en quince días... ¡Calma, querida, calma!

Bob, a ruegos de la señora Renov bailó durante unos minutos y aunque al empresario le pareció desastroso y sin mérito alguno... le contrató por no disgustar a su esposa.

Esta se sentía Mecenas de todos los jóvenes arrogantes, y en la lista interminable de sus favoritos, figuraba ahora Bob...

Bob marchó del despacho bajo los efectos de una gran alegría. ¡Contratado! ¡La vida comenzaba a ser bella!

Estaba entusiasmado con su éxito... Y, egoísta, no se preocupó ni poco ni mucho de la pobre compañera, de Babs, que estaba sin contrato y que no tenía como él un Mecenas para su protección.

Desgustada por la actitud del joven, Babs cambió de pensión, y durante más de quince días dejaron de verse los dos condiscípulos.

La señora Renov seguía teniendo toda clase de atenciones para su joven protegido, tal vez con la esperanza que éste correspondiera brindándole su juvenil amor. Pero Bob sólo se preocupaba de su arte... considerando la ayuda de la señora Renov como absolutamente desinteresada y generosa.

Pasaron dos semanas... Allá en la Universidad, Fred, que sentía bellas añoranzas de la mujer querida, recibió dos cartas de Nueva York. La una era de Babs y decía:

Mi querido Fred:

He recibido tu última carta. No te preocupes por mí que todo anda bien conmigo. Nueva York es precioso. Te quiere,

Babs

La otra era de Bob y escribía:

Mi querido Fred:

Nueva York no es tan malo como dicen. He entrado en una revista musical grandiosa. ¿Qué te parece?

Bob

P. S.—Como preguntas por Babs te diré que hace quince días que no la veo. ¡Lástima que no tenga talento! ¡Lo siento!

Temiendo que pudieran ocurrir contratiempos a la mujer que adoraba más que todas las cosas del mundo, Fred decidióse a ir a Nueva York. Gastaría sus pobres ahorros. No importaba. Lo primero de todo era enterarse de la situación de Babs.

A su llegada a la ciudad dirigióse Fred a la pensión donde ella vivía.

—La señorita Babs salió a ver si encontraba trabajo y no volverá hasta el anochecer.

Y anduvo todo el día por las calles en espera del momento de poder hablar con la amada.

Babs, que a causa de la conducta egoísta de Bob había casi reñido con éste, seguía su errante peregrinación de teatro en teatro con el deseo de que la contratasen.

Lo que le interesaba era entrar en el teatro de Renov. Sabía que Bob había ingresado en él, pero nada quería pedirle a este muchacho que sólo se preocupaba de sí mismo.

Aquella tarde después de esperar infructuosas horas a la puerta del teatro para poder hablar con Renov, el portero que guardaba la entrada al escenario, le dijo:

—¿Por qué no trata usted de ver al señor Renov en su domicilio? Acaso le sería más fácil.

Babs, marchó al lujoso rascacielos donde habitaba el empresario famoso.

Preguntó sonriente a la muchacha encargada del ascensor que vestía un lindo uniforme de groom:

—¿A qué hora acostumbra venir el señor Renov?

—¿Por qué quiere usted verle?

—Para pedirle un puesto en el teatro.

—Renov es hombre de pocos amigos. No creo que pueda llegar hasta él... A menos que...

Y llevada por repentina simpatía hacia aquella solicitante, propuso realizar un cambio de traje a fin de que pudiera acercarse a Renov.

Entraron en un cuartito, y Babs vistió el uniforme de la joven y fué a encargarse del funcionamiento del ascensor.

Minutos después llegaba el señor Renov. Babs cerró la portezuela y los dos comenzaron a subir hacia lo alto del rascacielos.

De pronto la joven paró el ascensor y simuló una avería.

Fijóse Renov en aquella muchachita desconocida.

—Usted no es la encargada habitual del ascensor, ¿verdad?

—No, no lo soy... Perdone, señor Renov—dijo sonriente—. Pero como me han dicho que buscaba usted caras nuevas para su revista, yo...

—¡Admirable!—dijo, riendo—. Ha adoptado usted ese truco para verme, ¿no? Bueno; arregle la avería, entre en mi piso y veremos lo que se puede hacer por usted. Hoy tengo ganas de complacer a todo el mundo.

Loca de alegría puso de nuevo en marcha el ascensor y siguió luego al señor Renov hasta su piso.

Entraron en un bello y alfombrado despacho. Renov miraba a aquella criatura que era un dechado de gracias físicas.

—¿Y qué sabe usted hacer?—le dijo, sonriente—. ¿No ha trabajado usted nunca?

—En Nueva York hay pocas personas que conocen mi cara, y en cuanto a mis pies, si duda de ellos, pida informes a mi maestro de gimnasia.

—Baile... baile un poco.

Puso una placa en el fonógrafo y la joven bailó con verdadera gracia.

—Encantado... muy bien—le dijo Renov.

—¿Me admite usted?

—En principio sí...

Acercóse mucho a ella, la enlazó por el talle

y sin pedirla permiso quiso imprimirle un fuerte beso en la boca.

—¡Señor Renov!—protestó furiosa.

—¿Y si le dijera a usted que sin un beso no hay trabajo?

—A ese precio no aceptaré nunca...—contestó, sonrojada.

—No sea tonta. Todo fué un bromazo. Cuando viene a verme una muchacha linda como usted y con un talento como el suyo, me es imposible decirla que no hay trabajo.

—¡Gracias, gracias!

—Pase por el teatro mañana a la hora del ensayo.

Alborotada, loca de júbilo, la muchacha salió sin darse cuenta de las verdaderas intenciones del empresario, sin saber a qué costoso precio exigía ese señor los más o menos problemáticos triunfos.

Y cuando Babs llegó a casa se encontró con Fred. Se abrazaron estrechamente y el joven le dijo:

—He venido a Nueva York a buscarte.

—Nueva York me gusta y no quiero volver a mi casa.

—¿Cómo es posible que te guste Nueva York si aun no has encontrado trabajo?

—Sí que lo he encontrado en la revista de Renov... Mañana comenzaré a ensayar, de modo que ya puedes volverte a tus clases de griego.

—Loca... ese ambiente no es para ti.

Pero ella ilusionada y disgustada no quiso hacerle caso.

—La gloria me espera... Y tú, Fred, la compartirás conmigo.

El suspiró profundamente lamentando no sentir los mismos optimismos que su amiga.

* * *

A la otra mañana, Renov dirigía en el escenario del music-hall el ensayo de la nueva revista "Manhattan Cocktail".

La escena estaba saturada de perfumes. Mujeres hermosas y casi desnudas se movían al ritmo de una música ligera...

Babs vestida con la corta ropita que es propia de las gentes del music-hall, bailó bien.

Renov prestó profunda atención a ella distinguiéndola con su especial complacencia.

Entre los artistas masculinos figuraba Bob que al ver a su antigua compañera se acercó a ella y le dijo:

—¡Trátame con cariño!... No sabes lo que he tenido que hacer para que Renov te admitiera en la revista.

—No necesito tu ayuda—dijo ella volviéndole desdeñosamente la espalda.

Bob alejóse, disgustado, y Renov entró a la muchacha un papel de música y le dijo:

—Hará usted este número de canto... algo sentimental.

Cantó ella estupendamente bien, así se lo dijo

el empresario. Luego, entre bastidores, aprovechando un momento en que no había nadie a su alrededor, Renov le dijo:

—Es usted la muchacha más preciosa que ha pisado el escenario.

—No diga eso.

—Sí... sí... Y para demostrárselo, tome...

Y le imprimió un rabioso beso en la boca, enloquecedor, que hacía daño. En vano ella quiso deshacerse de la caricia. No lo hubiera logrado si un brazo varonil no hubiese empujado rudamente al empresario apartándolo de la artista.

—¿Qué hace usted?—le dijo el recién venido.

Era Fred, que le había sorprendido en su corrección.

—Caballero, yo...—protestó Renov.

—Por Dios, Fred—dijo ella, llorando.

—Estás en peligro y he venido a salvarte...

Tuvieron que callar al ver aparecer a la señora Renov. Esta, fría, serena, viendo la turbación de los presentes, preguntó qué sucedía.

—Estaba ensayando una escena del segundo acto en la cual hay un momento de gran intensidad dramática—dijo el marido, excusándose.

—¡Ah! ¿Es usted actor?—preguntó la señora Renov, mirando a Fred.

—No, soy autor... Y he escrito una tragedia griega que quisiera estrenar—dijo dejándose llevar por sus ansias literarias.

—¡Caramba!... ¡Autor!... ¡Venga... venga!...

—dijo suavemente—. Cuénteme el argumento de su obra... Me interesan mucho los talentos jóvenes.

Y llevada de su espíritu de mujer ansiosa, se alejó con Fred hacia un rincón, mientras Babs iba a reunirse con otras amigas, y Renov se alejaba sonriente...

La especialidad de la señora Renov eran los jóvenes. Protegía a todos, con la esperanza de que esos correspondieran amándola... Pero algunos como Bob no parecían hacerle demasiado caso...

El señor Renov, hombre que dejaba que su esposa hiciera lo que le viniese en gana, se echó a reír y dijo a un empleado señalando a Bob:

—Puede ya despedir a ese zoquete.

—A mí?—protestó Bob, airado.

—Sí, señor. Cuando comenzó a ensayar era usted malo, pero ahora es usted peor.

—Eso es intolerable. La señora Renov...

Miró hacia donde ella platicaba con Fred... ¿Qué hacía allí su antiguo amigo universitario? Pero Renov se echó a reír y dijo:

—No busque ayuda en esa dirección que no la hallará... ¿No ve que la señora Renov se interesa ya por un nuevo talento? Ha perdido usted su influencia.

—Bueno—dijo, despechado—. Buscaré trabajo en otra parte.

—Ande usted, amigo, a ver si lo encuentra...

Marchó Bob, indignado por el desaire.

Terminado el ensayo, Fred acercóse a su no-

via y le dijo con profunda emoción, transformado ya completamente gracias a los elogios que había tributado a su obra la señora Renov.

—Tenías mucha razón, Babs... No hay en el mundo otro lugar como Nueva York para prosperar... He concluído mi obra... y esta misma tarde se la leeré a la señora Renov.

—¿Por qué a la señora Renov?—dijo, alarmada—. ¿Qué le importan a ella las tragedias griegas?

—La señora Renov ha descubierto que tengo talento y dice que no me separe de ella que me ayudará...

—La señora Renov siempre descubre algo nuevo... No en vano en Broadway la llaman la señora Colón.

—No tengas miedo que yo sé cómo defenderte... Si observo en ella algo sospechoso, no le daré tiempo de agredirme.

Y a pesar de los fundados temores de la joven, fué Fred a ver a la señora Renov.

Esta le recibió en la intimidad, y sentándose a su lado le hizo leer su obra. Mientras leía sus versos, ella le acariciaba distraídamente...

Fred, sin hacer caso de ello, seguía su lectura.

Entró el señor Renov sorprendiendo a su esposa en el momento en que tenía la mano en los cabellos ensortijados de Fred.

Levantáronse al verle, y la dama, recobrando su dulce tranquilidad, dijo a su marido:

—En mi vida había visto un chico de más

talento... Ha escrito un drama griego cuya acción pasa en un laberinto, una especie de ferrocarril subterráneo.

El empresario sonrió y cogió el manuscrito leyendo el título que decía: "El Laberinto". Tragedia griega en siete actos en verso, con un



...le hizo leer su obra.

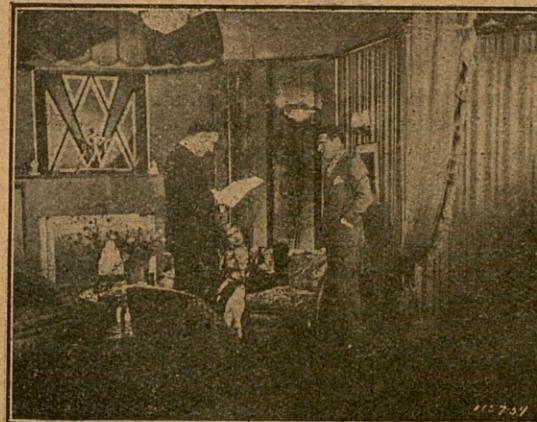
prólogo y un epílogo, original de Fred Tilden. —¿Cómo concluye esa obra? — dijo irónicamente.

—El joven y la muchacha mueren en la tumba... Tomé la idea de una tragedia de Eurípides—contestó Fred.

—¿Y cómo visten las mujeres?

—Los vestidos femeninos en aquella época eran muy "abreviados". Más o menos como los de ahora...

—Ayúdale, Renov. Tengo en ello gran interés—exclamó la esposa.



—El joven y la muchacha mueren en la tumba...

Renov sonrió fríamente. Estaba ya cansado de que su mujer protegiera a los artistas. Además, al entrar había visto que ella acariciaba al autor.

Iba a hacer un escarmiento con todos aquellos protegidos. Pero ocultando su rencor dijo a Fred:

—Amigo mío, es usted un portento. Lo nombraré mi secretario para que pueda observarle de cerca. Y en cuanto a la obra, quizá habrá que darle otro desenlace.

Fred le agradeció aquella protección y abandonó la casa con una alegría delirante, considerándose ya del todo vencedor.

* * *

Pasaron varios días. A Bob se le acababan los últimos recursos y no había encontrado trabajo en ninguna parte.

No quiso ir a ver a Babs ni a Fred. Había quedado demasiado mal con esos amigos.

Y faltó de toda protección se veía en plena miseria. Una noche en un sencillo restaurante comió unos sobrios platos, mientras sentada junto a la misma mesa una señora ya anciana se daba un verdadero banquete.

La mujer pareció comprender el hambre que pasaba el muchacho y le dió parte de su ración diciéndole:

—Cómase lo que quiera...

El joven tomó desesperadamente aquellos platos, y la señora le preguntó:

—Está usted sin trabajo, joven?

—Sí, señora.

—Tengo un salón de cultura física con un departamento para adelgazar, y, si usted quiere, lo emplearé para recibir a los clientes.

—Muchas gracias... Soy actor, y como dice el refrán, a tus zapatos, zapatero.

Y marchó, sin querer aceptar su protección, con el deseo violento del artista que no quiere esclavizarse.

Mientras tanto, Fred había comenzado sus funciones de secretario particular de Renov.

Este, dispuesto a acabar de una vez con aquellas protecciones de su esposa, estaba forjando un plan.

Un día, al llegar a su oficina, dijo el empresario a Fred:

—Antes de comenzar la jornada de hoy, desearía que me fuese al Banco a cobrar un cheque... Mi cajero vendrá más tarde.

Renov extendió un cheque y trazó su firma de manera torpe, con letra disimulada, extraña. Luego se lo dió a Fred.

Este, bien inocente de toda la trama, marchó al Banco a cobrar, mientras una fría sonrisa iluminaba el rostro de Renov... ¡Verían todos de qué manera se deshacía de un inoportuno!

En aquel momento le llamó su esposa por teléfono:

—He hecho otro descubrimiento, querido... Quiero presentarte a un joven de mucho talento...

—Yo también he hecho otro descubrimiento —respondió—. Te presentaré a un joven de mucho talento—mi abogado—en cuanto haya atendido a ese Fred que me presentaste hace unos días...

Y colgó alegramente el aparato.

Fred había llegado al Banco entregando el

cheque. Le hicieron aguardar largo rato hasta que le invitaron a entrar en el despacho del director, donde estaba éste con un agente de policía.

—¿Quién le ha dado ese cheque? —preguntó el director.

—El señor Renov me lo dió para que viniera a cobrarlo —dijo.

—¡Ah, caramba! —exclamó con una irónica sonrisa.

—¿Qué pasa con ese talón? Por Dios...

Apareció en aquel momento el señor Renov en compañía de su abogado Lane.

Fred avanzó hacia él, pero el empresario le volvió despectivamente la espalda a tiempo que el director le hablaba en voz baja y le mostraba el cheque.

—Esta no es mi firma —dijo Renov con tranquilidad—. Es la primera vez que veo este cheque.

—Pero, señor Renov, ¿qué está usted diciendo? Ese cheque me lo dió usted —clamó desesperadamente el pobre joven.

—Es más fácil traducir "La Eneida" del griego que falsificar una firma, amigo mío.

—¡Miserable! ¡Bandido!

—¡Detengan a ese hombre!

Los policías se llevaron al pobre joven, mientras Renov, sin acusarle lo más mínimo la conciencia por la manera infame con que trataba a Fred, seguía comentando con el director y sus amigos la audacia del falsificador.

* * *

Horas después, Babs, que seguía ensayando en el teatro de Renov sin que el empresario la hubiese vuelto a importunar, se enteró de que Fred estaba detenido.

Desesperada, pues le amaba con toda su alma, corrió hacia la delegación de policía donde estaba aún el joven encerrado.

Fred le explicó todo lo ocurrido, y ella no dudó de su veracidad.

—Yo misma iré a ver al señor Renov para que te saque de aquí.

—¡No quiero que vayas a ver a ese malvado! Más tarde saldaré cuentas con él.

—Tengo que sacarte de aquí, Fred.

Y, sin atender a sus ruegos, salió dispuesta a conseguir la libertad de su enamorado.

Al salir encontró a Lane, el abogado de Renov, quien, al ver su desconsuelo, le preguntó lo que le sucedía. Conocía el letrado a Babs por haberla visto en el escenario del teatro.

—¿En qué puedo servirla, señorita? ¿A qué ese desconsuelo?

Ella le contó su amargura.

—Y es inocente. Le acusaron falsamente. ¡Lo juro!

El abogado sonrió y dijo:

—Si me diesen cinco mil dólares... conseguiría que lo pusieran en libertad y seguramente que se sobreseyera la causa...

—¡Si no los tengo!

—A una muchacha como usted no le sería difícil encontrar cinco mil dólares en Nueva York.

—No... no...



—¿En qué puedo servirla, señorita?

Y sin querer escucharle más, salió de la delegación.

Vagó durante largo rato por la calle, teniendo ante sí el pensamiento de aquellos cinco mil dólares que podrían ser la libertad del hombre amado.

Decidió, finalmente, ir a ver al empresario.

No era posible que ese hombre fuese tan malo como lo pintaban los hechos.

Sonrió Renov al verla, como si ya la esperase.

—¿Qué quiere de mí, señorita?

—¿Por qué no dice la verdad acerca de Fred? Usted sabe bien que es inocente.

—¡Quién sabe! Pero, ¿por qué se interesa tanto por él? ¿Es usted su novia?

—Sí! ¡Le amo! Y sería capaz de cualquier cosa por obtener su libertad.

Mirándola codiciosamente, él dijo:

—Le mandé encerrar por darle una lección... Si retirase la acusación lo pondrían en seguida en libertad.

—¿Por qué no lo hace?

—Ya que lo pide usted, una mujer tan bella, voy a complacerla.

Y ante la sorpresa de Babs, que por un momento creyó que el empresario era un verdadero caballero, Renov telefoneó a su abogado y dijo:

—Retiro la acusación de falsificación contra aquel muchacho... Pague la fianza y mañana hablaré con el juez del distrito.

—Quiero que él mismo me diga que está libre—interrumpió Babs.

—Perfectamente. Oiga, Lane. Dígale a Fred que telefonee a la señorita Babs, aquí en mi oficina, en cuanto haya salido de la cárcel.

Dejó el teléfono, y durante unos minutos, Babs se sintió feliz creyendo que el empresario obraba de buena fe. El sonreía, y la miraba

apasionadamente, hablándola de los próximos triunfos que la esperaban...

Momentos después llamaron al teléfono.

—¿Eres tú, Babs?—dijo la voz emocionada de Fred.

—Sí, yo. ¿Estás ya libre, Fred?



—¿Estás ya libre, Fred?

—Lo estoy... Pero ¿qué haces en la oficina de Renov a esta hora?

—¿Qué hago en la oficina? Pues mira, he venido...

Pero Renov le arrebató en aquel instante el teléfono, impidiéndole prosiguiera la comuni-

cación, y dejando a Fred en la espantosa duda que le producía aquel silencio.

La joven quiso volver a tomar el aparato, pero de nuevo el empresario se lo arrebató.

—No quiero que telefonees más. Deja a ese hombre. Ya sabes que está libre. Ahora eres mía.

Quiso besarla, cayó sobre ella poseído de instintos de fiera desgarrándole el vestido; pero la joven, sorprendida al ver la infamia de aquel hombre, tocó desesperadamente un timbre de alarma, apareciendo instantes después el portero del despacho con una manguera y comenzó a rociar intensamente al empresario.

Babs aprovechó aquello para huir, mientras Renov, furioso, reclamaba a su portero.

—Perdón, señor... Me pareció que aquí había fuego—se disculpó el buen hombre.

* * *

Horas después todo estaba listo en el teatro para el estreno de la revista "Manhattan Cocktail".

Babs, cumplidora de su deber, iba a debutar, a pesar de la violenta escena sostenida con Renov.

Este daba órdenes para que todo estuviera a punto.

De pronto, poco antes de comenzar, un hombre, Bob, se presentó ante Renov. Venía muerto de hambre.

—Quiero que me dé usted trabajo.

—¿Yo? ¿No decía usted que lo encontraría en otra parte?

—Si no me hubiese puesto en la lista negra, lo habría encontrado.

—¡Echen a ese hombre de aquí!

Bob fué apartado por varios hombres que le empujaron hacia un rincón de entre bastidores.

Iba Renov a ordenar el comienzo de la obra cuando Fred apareció ante él. El joven venía con ansias de venganza.

Babs corrió hacia él, deseando evitarle una violenta escena con Renov, pero el joven rechazándola, cogió al empresario por la solapa y le dijo:

—Es usted un miserable... Pero ahora me va usted a pagar todo el mal que me ha hecho.

—Ya ajustaremos cuentas después. No es este el momento.

—Sí... sí...

Lanzóse contra él, pero antes de que tuviera tiempo de agredirle, Bob, deshaciéndose de los hombres que le detenían, cogió un hierro y lanzándose contra Renov le dió un fuerte golpe en la cabeza haciéndole caer instantáneamente al suelo.

Se produjo un movimiento de horror.

—¡Muerto... muerto!—clamaron varias voces viendo al empresario caído.

—Bob, ¿qué has hecho?—exclamó Babs, horrorizada.

El desgraciado escapó, perseguido por varios artistas, bomberos y policías... Fué subiendo por los distintos departamentos del escenario hasta llegar al último piso donde se guardaban las decoraciones.

Allí, viéndose perdido, importándole ya poco vivir, lanzóse al vacío cayendo aplastado contra la tablas del escenario y muriendo en el acto.

Le recogieron unos guardias llevándole velozmente a un cuarto y limpiando las manchas de sangre que había dejado al caer.

Pero Renov no había muerto... El golpe fué leve, y pronto el empresario volvió en sí.

Afuera, el público, impaciente, ajeno por completo a lo que sucedía, esperaba el comienzo de la revista. La orquesta comenzó a tocar.

Sobreponiéndose a los acontecimientos, reviviendo en él el hombre de teatro, Renov, dolofido, dijo:

—No ha pasado nada. ¡A prepararse todo el mundo!

Babs y Fred, que habían presenciado horroquizados el trágico fin de su camarada, miraron a Renov y le envolvieron en una mirada de odio.

—¡Usted, Babs... prepárese!—dijo el empresario.

—No, no quiero salir a escena—contestó ella, llorando.

—Es necesario... Y usted, Fred, perdóname... Fué una locura mía de la que me arrepiento...

Pero no volveré a hacerle el menor daño... como tampoco a Babs, su novia. Ella es inocente, se lo juro.

El joven estrechó a Babs contra su pecho.

—¡Quédese con su teatro! Creo en mi Babs, y creo también en que es usted el más miserable de los hombres... ¡Adiós!

Y a pesar de sus protestas, salieron los dos jóvenes de aquel teatro, donde la muerte hacía poco había aparecido.

Renov sonrió tristemente... A pesar de todo, había que empezar. No importaba que faltase una corista... Poco después se subía el telón, y aparecían los artistas del "Manhattan Cocktail", llenando el escenario de luz y alegría y del perfume de su carne desnuda, sin que nadie supiese que la tragedia se acababa de desarrollar momentos antes.

Afuera, Babs y Fred subían a un automóvil.
—¿Adónde? — les preguntó el chofer.

—A cualquier parte, con tal que sea lejos de Nueva York. A la estación.

El coche corrió velozmente.

—¡Destruídas nuestras ilusiones! — dijo Babs —. ¿Qué haremos ahora?

—En los Estados Unidos, fuera de Nueva York, hay ciento seis millones de personas... y todas viven... Viviremos también.

Y con el optimismo del amor, forjaron planes de triunfo.

FIN

Ha sido revisado por la Censura

**Ediciones Especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica
¡Lo mejor del cine!**

Últimos éxitos:

**Esto es el cielo
La senda del 98
Espejismos
Evangelina
Orquídeas salvajes
EL CABALLERO**

Acaba de aparecer:

EGOÍSMO

por Elga Brink y Henry Edwards

Precio: 1 peseta

¡Los éxitos del cine sonoro!

Follies 1929
Broadway Melody
Letra y música
El mundo al revés

Acaba de aparecer:

Casados en Hollywood

Precio: 50 cts.

Gran éxito de

La Novela Sentimental

Precio: 30 céntimos

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

BARCELONA: Barbará, 16; MADRID: Cafios, 1

Tip. Barcelona - Aribau, 206 - Teléfono 75087 - Barcelona

EB